



DISCURSO METAÓNICO

NOTAS PREVIAS

Gabriel Lorente

Muchas de las estructuras de la Matemática y de la Física son necesarias -no son como son por decisión de una inteligencia que las ha creado- y absolutas -no pueden ser de otra manera. Estas estructuras constituyen -según la tesis aquí defendida- la esencia del Ser. Estas estructuras "son", tienen realidad. No tiene sentido dividir la realidad en material e inmaterial. Mediante estas reflexiones, se persigue ofrecer una vía de aproximación a Dios, compatible, en opinión del autor, con la verdad revelada y de significación profunda para mentalidades científicas.

167

INTRODUCCIÓN

En algún momento de mi vida, como fructificación espontánea de anteriores lecturas y reflexiones, me vinieron a la mente algunas ideas relativas a la descripción y comprensión del Ser.

Decidí entonces hacer acopio de tales ideas, sin preocuparme rigurosamente, por el momento, de la coherencia y estructuración del pensamiento ni de la sistematización estricta de los conceptos. Mi afán era que no se perdiera ninguno de los materiales que tal vez más adelante sirvieran para construir un edificio armónico y consistente. Seguí, en la intimidad personal, el sistema de la

tormenta de ideas que, liberando los bloqueos internos, permite que aflore cualquier propuesta susceptible de ser después cuidadosamente analizada.

Ha pasado una década y, por diferentes motivos, no he llevado a cabo la titánica labor (tal vez superior a mis fuerzas) de construir un edificio armónico con esos materiales, escritos literalmente a vuelapluma. Tampoco he acometido la tarea –indispensable para conferir carácter rigurosamente académico al trabajo– de contrastar mis conceptos con los de filósofos antiguos o modernos. Considero, por ejemplo, que resultaría fructífero comparar mis reflexiones sobre la concepción del Ser Necesario con las teorías del gran filósofo español Francisco Suárez y con los análisis de Descartes sobre las verdades necesarias.

Me he decidido a dar a la luz estas notas previas –en su estado primigenio– con la ilusión de que tal vez algún paciente y benévolo lector encontrara en ellas alguna perla y me animara a perseverar en el empeño por juzgar que aportan algún rayo de luz en cuestión tan transcendente; o que me disuadiera de continuar.

Este es el escrito que redacté en su día, a lo largo de dos años, y que contiene tres versiones sucesivas de las notas previas al Discurso Metafísico; versiones que no son repeticiones sino variaciones sobre los mismos temas que mutuamente se complementan y se ilustran. Se publican en su redacción espontánea primigenia, y sólo se introducen mínimas correcciones gramaticales o de estilo.

PRIMERA VERSIÓN

La arquitectura o estructura esencial del Ser

La explicación última

Busca la razón humana respuesta a los últimos interrogantes. En cada uno de los pasos del proceso explicativo trata de identificar la explicación de ese eslabón de la cadena y supone que tal explicación la ofrece el eslabón anterior –anterior en la secuencia dinámica– contiguo. Algunos pensadores pretenden encontrar un eslabón último y dotado de tales atributos que hagan posible que encabece y ponga en marcha la cadena de las realidades. Otros piensan que el último eslabón aparece en el panorama como un acontecimiento tan real como injustificado y arbitrario.

La insuficiencia de la terminología

En pocas palabras trato aquí de exponer una visión globali-

zada y coherente de la realidad total. Soy consciente del carácter hipotético y de propuesta encerrado en esta reflexión. Las dificultades para que mi discurso sea aceptado pueden provenir de que mi concepción –mi *weltanschauung*– contenga razonamientos que no sean admitidos, o proceder del hecho de que no encuentre las palabras adecuadas para comunicar mi pensamiento.

Tropezco con el obstáculo de tener que usar vocablos cuya significación usual no coincide con la que preciso para expresar mis ideas. Podría acuñar palabras nuevas, especificando mediante una definición su alcance; o aplicar definiciones renovadas a los términos usuales. Este procedimiento trasladaría el problema a los términos utilizados en la definición. Por ello y sin desdeñar el uso de la terminología filosófica, me inclino por el uso de vocablos más comunes, cuya significación no se encuentra rígidamente establecida sino que, por el contrario, admite un cierto margen semántico.

Sería mi deseo que el inteligente lector interpretase mi propuesta o mi teoría de una forma global, sin rechazar el pensamiento en su conjunto por discrepancias sobre la conveniencia de emplear un determinado vocablo.

Si la publicación de estas meditaciones suscitase algún debate entre pensadores, me sentiría muy recompensado por mi esfuerzo y mucho más si llegase a percibir que esta contribución ha arrojado al menos un rayo de luz sobre cuestiones de interés vital para el hombre.

Debate de fondo o simple clasificación cultural

Reconozco también que ese hipotético debate me dejaría indiferente si, en lugar de centrarse en el tema en sí mismo y en el grado de validez de la propuesta, se orientase a buscar la teoría más afín formulada por filósofos y pensadores y a realizar un trabajo de clasificación y catalogación en virtud del cual mis teorías pudieran ser ubicadas en unas corrientes históricas o en unas escuelas determinadas.

No desdeño este ejercicio, pero me resultaría más apasionante el de quienes se esfuercen en probar que me equivoco o, por el contrario, el de quienes acepten mi planteamiento, lo desarrollen con mayor competencia y amplíen su contenido.

Vivencia personal

Desde un punto de vista subjetivo, he de manifestar que estas reflexiones han constituido para mí un respetuoso conocimiento de la divinidad en la limitada manera según la cual es dado

a la mente humana acercarse al misterio del Ser Supremo. No he llegado a ellas como resultado de esfuerzos específicos realizados en busca de una meta predeterminada. Esta visión me ha sido ofrecida: me he encontrado con ella sin buscarla a la vuelta de un camino. Tal vez ha sido la maduración de reflexiones dilatadas y antiguas sobre asuntos metafísicos, filosóficos, teológicos y de cosmología física.

El lenguaje poético

Deseo terminar estas consideraciones preliminares haciendo referencia al lenguaje de la poesía, que es a veces más profundo que el de la ciencia y comienza necesariamente donde el lenguaje de la ciencia alcanza el límite de sus posibilidades. Tal vez pueda ser esta una clave para interpretar mi escrito en alguno de sus pasajes.

Intento expresar realidades absolutas y ciertas, pretendo manifestar lo que es y cómo es. Pero ante la imposibilidad de valerme de un lenguaje formalizado, recorro a veces al lenguaje de la poesía en el que las palabras no son descripciones rigurosas sino claves para evocar contenidos que justificadamente se supone que yacen en la mente del receptor del mensaje poético.

Las estructuras matemáticas independientes de un ser cognoscente

Comencemos por constatar la existencia de unas estructuras aritméticas y geométricas absolutas –las palabras "existencia" y "estructuras" han de ser tomadas en el sentido poético referido. Así, por ejemplo, hay determinados números que son primos. Esta condición es independiente de que existan o no seres humanos para testificarlo. Tampoco depende de que así lo dictamine una inteligencia ajena a la secuencia de objetos, sea finita o infinita dicha inteligencia.

De la teoría de poliedros regulares podría tomarse otro ejemplo. Como es sabido, hay cinco y sólo cinco. Ninguna voluntad ni inteligencia, por muy soberana que sea, puede alterar este hecho. Son cinco por la misma fuerza de su definición y no sería ajeno a la realidad decir que esta limitación y la caracterización de los poliedros están enraizadas en el principio de identidad. Nos encontraríamos así con el hecho de que hay realidades geométricas que son unas, múltiples, de forma determinada y absoluta. Podríamos llamarlas absolutos geométricos.

El repertorio de los absolutos geométricos es muy grande y probablemente ilimitado e infinito. No es superfluo citar alguno más. Sólo hay dos formas de apilar esferas iguales de modo que al mismo tiempo se consiga regularidad en la disposición y el máxi-

mo "empaquetamiento"; o sea, que quede el mínimo espacio sin llenar.

Hay tres figuras cónicas –elipse, hipérbola y parábola– y sólo tres. Ninguna omnipotencia ni inteligencia, aun situada en el nivel transcendente, puede cambiar esta realidad añadiendo nuevas cónicas. A su vez, las figuras cuádricas –a las que pertenece, por ejemplo, el elipsoide del que constituyen muestras un balón de rugby o un melón– son cinco exactamente.

Podemos preguntarnos si, por ejemplo, los poliedros regulares "existen". A esta pregunta es obligado responder con muchas matizaciones. Si se construye un icosaedro de madera, podrá afirmarse que existe en el sentido más material de la voz "existir". Pero en el hipotético momento anterior a la existencia de cualquier materia, también puede afirmarse que hay o existen los poliedros regulares y que sólo tienen ese grado de existencia singular los cinco posibles y ninguno más.

Esta singular "existencia" –que atribuimos a los cinco poliedros regulares y de la que carecen otros poliedros (por ejemplo, uno que fuera regular y de veintisiete caras) que no pueden existir como poliedros regulares– no es simplemente una operación mental o un concepto, sólo válido en cuanto es pensable por un ser inteligente. Tampoco parece que se identifique con un concepto "universal" fruto de la generalización efectuada por una mente inteligente.

Un ámbito de existencia

Para una mejor comprensión, podríamos hablar de un singular "espacio" –no tomado en sentido cósmico–, en el que existen estos absolutos geométricos; un espacio que denominaremos *ámbito*. El ámbito contiene los mencionados absolutos geométricos o, dicho de otro modo, existen en él. En el ámbito existen los seres geométricos posibles, es decir, los que se ajustan a un diseño absoluto y necesario, independiente de cualquier voluntad y designio. El ámbito, pues, no es un recinto vacío; por el contrario, posee una rica arquitectura de estructuras ilimitadas o infinitas por su número y su complejidad y que, al mismo tiempo, constituyen despliegues o desarrollos de lo uno.

Los absolutos físicos

Si continuamos el discurso iniciado, encontraremos también lo que denominaríamos los absolutos físicos. Las realidades físicas que hallamos en el Cosmos, o al menos muchas de ellas, parecen presentar el atributo de absolutas. Sirvan de ejemplos con-

cretos la Ley de Coulomb o la de la atracción universal, que se presentan como absolutos. Si se analiza su alcance, se advierte que no son sino expresiones o consecuencias necesarias de formas geométricas absolutas. Es decir, que estas leyes o descripciones de la realidad traducen también el carácter de los absolutos geométricos o esquemas necesarios del Ser. Son, por consiguiente, elementos integrantes de ese ámbito, al que antes nos hemos referido, en el que existen, en el sentido traslaticio expuesto, los absolutos geométricos y físicos.

Estructuras necesarias

El *ámbito* al que nos referimos comprende esas estructuras y diseños posibles y, por ser exclusivos, necesarios.

Unas reflexiones sobre las leyes básicas del Cosmos parecen poner de relieve que estas –leyes de interacción, ecuaciones de Maxwell...– son también leyes absolutas y necesarias del Ser, al igual que son absolutos y necesarios los números primos en las secuencias de seres. Mi percepción personal es que este parecer es cierto, si bien desearía avanzar en esta línea de análisis y conocer otras aportaciones en esta dirección. La fuerza de nuestro discurso radica en reconocer la existencia de estos absolutos físicos o cósmicos. En todo caso, mi discurso continúa dando por supuesta la existencia –en el ámbito de lo absoluto y necesario– de tales absolutos físicos, cuya diferencia, ya lo hemos dicho, con los absolutos geométricos sólo reside en el grado de complejidad de las relaciones implicadas en ellos.

La arquitectura intrínseca del Ser

Otra forma de enfocar la cuestión se alcanza teniendo en cuenta que esas leyes, principios o propiedades –de los que afirmamos que son absolutos y necesarios o ineludibles– son reducibles a la afirmación de que $A=A$, o sea, a lo que es llamado el Principio de identidad. Lo que equivale a decir que lo uno, el Ser, lo esencial, siendo absolutamente simple, contiene innumerables diseños o arquitecturas –despójese a estos términos de toda connotación con lo material– que son múltiples, que son diversos y que son necesarios en cuanto no emanan del imperativo de una opción.

Estos diseños absolutos que ocupan el ámbito pueden, a su vez, formar estructuras complejas también absolutas y necesarias, de modo que puede alcanzarse una arquitectura de extraordinaria complejidad y –¿por qué no?– de complejidad infinita.

Las estructuras necesarias y absolutas "son"

En nuestro discurso, es ahora momento de detenernos en la significación del verbo existir. Los diseños y arquitectura absolutos y necesarios -contenidos en el ámbito- poseen un grado de realidad que los diferencia del no ser. Otras estructuras o construcciones son contradictorias en sí mismas; encierran contradicciones estructurales -como, por ejemplo, un poliedro regular cuyas caras fuesen hexágonos. No son reducibles al principio de identidad. Admitida la existencia de determinados diseños o estructuras, de carácter absoluto y necesario, sólo una concepción ingenuamente materialista del Ser puede exigir que sea necesario añadir un paso más para que tales diseños existan. Su existencia "es su carácter necesario y absoluto".

Un solo Cosmos posible

Es fructífero comparar este panorama metafísico con ciertas concepciones que aparecen en el moderno entendimiento del Cosmos. Por un lado -y esta es tal vez una reflexión personal-, parece que hay motivos para opinar que el mundo físico y su expresión cósmica tienen como reglas de su ser unos diseños reducibles al principio de identidad. Es decir, que las leyes básicas del mundo físico, al mismo tiempo que necesarias, y por la misma razón, son las únicas posibles.

En sus líneas básicas, el Cosmos al que nos asomamos es el único posible: el único mundo posible. A título de ejemplo simplemente ilustrativo, puede hacerse referencia a los elementos, estructurados según el sistema periódico: dadas las partículas elementales básicas existentes, los diferentes elementos y sus propiedades quedan determinados de manera ineludible.

Estructuras matemáticas y materia

Otra idea que parece apuntar en las actuales concepciones de la Física es la del desvanecimiento de las fronteras entre lo que llamaríamos estructuras geométricas y lo que conocemos como materia. Por poner otro ejemplo, hay que pensar que existen partículas como los fotones, que carecen de masa pero que intervienen en fenómenos en los que participan entidades dotadas de lo que solemos llamar masa. Suele admitirse hoy que los pilares básicos de la materia son los denominados *quarks*, pequeñísimas entidades en las que, para un observador humano, cabe hablar de diseños y estructuras geométricos, en el sentido -comúnmente- utilizado, pero que difícilmente son reducibles a la vulgar idea de masa o materia.

Pero aún puede avanzarse más. Las últimas aportaciones sugieren que los *quarks* se reducen, a su vez, a unas entidades llamadas *supercuerdas*, cuya realidad sólo parece residir en esquemas geométricos o diseños dinámicos sobre cuyo carácter de materia no tiene sentido pronunciarse.

No son creaciones de seres pensantes

Sería, a mi juicio, erróneo expresar esta inmaterialidad –o extramaterialidad– de los entes del Cosmos considerándolos como simples ideas o conceptos mentales. Mi discurso hace referencia a una realidad del Ser, vigente con independencia de que exista o pueda existir una inteligencia que la elabore.

Mi discurso, pues, puede resumirse en los siguientes términos: el Ser, siendo uno y sin dejar de serlo, despliega su unidad en "diseños", "estructuras" o "arquitecturas" que no son sino explicitaciones del Ser Uno, reducibles a la unidad.

Tales diseños o arquitecturas son necesarios por su misma esencia y son absolutos en el sentido de que agotan el Ser y excluyen cuanto no sean ellos. No son puras "hipótesis", "ideas" o "seres posibles"; son realidades "necesarias". Puesto que son estructuras necesarias del Ser, existen. Su amplitud es indefinida, infinita e ilimitada. No existe una limitación para el número o naturaleza de los diseños.

Entre las propiedades absolutas de los diseños se encuentra la de poder interactuar entre sí. El ser humano propende a considerar existentes aquellos diseños que interactúan con la propia estructura en tanto que relega los demás al limbo del "no ser".

Ese ámbito de diseños y estructuras necesarias, absolutas, inexcusables es además totalizador; no hay otros desarrollos y explicitaciones del Uno. Todos los posibles o compatibles pertenecen al "ámbito". Ese ámbito general de estructuras, diseños y arquitecturas es lo absoluto, lo necesario, lo supremo.

Con temor y temblor, con el respeto y adoración de quien se aproxima al santuario de la Divinidad, el humano osa pensar: esa realidad en la que concurren las estructuras y los diseños absolutos y necesarios es el Dios que busca nuestra mente y nuestro corazón.

El Cosmos, manifestación de la estructura absoluta y necesaria del Ser

Y, por otra parte, este Cosmos -que conocemos cada vez con mayor precisión, aunque nunca lo comprenderemos en su plenitud- se nos muestra como un testimonio o espectáculo parcial de los infinitos diseños o estructuras del Ser; un mundo que, a medi-

da que es mejor conocido, aparece como un despliegue o desarrollo de estructuras absolutas y necesarias, que explicitan al Ser uno y simple.

En la medida en que somos testimonio de la existencia de este mundo y percibimos que es absoluto y necesario, que no es sino un conjunto de diseños absolutos, en esa medida tenemos una percepción de la existencia del Ser absoluto. De ningún modo alcanzamos una visión completa del Ser Supremo, pero a través del mundo así entendido se nos "descorre" ligeramente la cortina para que podamos constatar ante todo la existencia del Ser necesario y, en segundo lugar, una parte, si bien mínima, de su esplendor.

Carácter analógico de los atributos del Ser

Las prerrogativas y atributos del Ser Supremo y Necesario son ilimitados, infinitos e indefinidos. Cuantos puedan adornar al Ser, sin contradicción o autodestrucción, deben serle reconocidos. En el Ser Supremo están en sumo grado la inteligencia, la bondad, la libertad y el amor. Pero sería un error entender tales atributos como simples réplicas, a escala infinitamente superior, de estas cualidades o condiciones tal como se encuentran en los humanos.

Si cualquier filósofo o teólogo rechaza las iconografías antropomórficas ingenuas del Creador, también ha de tener la precaución de no llevar a cabo simples transposiciones de lo humano cuando predica de Dios la libertad o la benevolencia. El pensamiento teológico cristiano declara, por ejemplo, que el concepto de bondad predicado del Ser Supremo no es unívoco con el concepto de bondad predicado del hombre y establece que entre ambos conceptos existe una simple analogía. Esta relación de analogía permite superar ciertas objeciones que pudieran oponerse al discurso presente.

Las vías de la fe y las vías del discurso racional

El autor de este discurso no excluye las vías de la fe y del asentimiento amoroso para que el hombre se aproxime a la realidad suprema desde su plano finito y limitado. Pero en este Discurso ha utilizado la vía legítima del discurso racional metafísico.

El discurso metafísico tradicional llega a Dios a través del mundo. Constata la existencia del mundo y argumenta que es necesario un agente-distinto del mundo, que lo haya creado; y que será necesario e increado. Si no lo es, habrá sido creado por otro, del cual habrá que formular la misma cuestión. La cadena habrá de terminar en un ser increado y necesario. A este discurso se le pueden plantear algunos reparos. En la actualidad, el principio de cau-

salidad es mirado con mucha frecuencia como una petición de principio carente de respetabilidad científica como base de un razonamiento.

En cualquier caso, parece difícil rechazar la postura de quienes afirman que el mundo "está ahí porque sí" sin que tenga sentido hacerse preguntas sobre su causa. En tal caso, dígase o no se diga explícitamente, se atribuye al mundo el carácter de necesario. Por otra parte, en la búsqueda de la última causa, el proceso termina en un algo de lo que sólo conocemos su carácter necesario y su capacidad para crear mundos.

Otra dificultad de la argumentación tradicional es que describe un mundo cerrado, con un Ser Supremo exterior a él, con el que sólo conecta mediante la cadena de la causalidad. Pero a los pobladores de este mundo cerrado les resulta difícil transcender las barreras del mundo que los aprisiona y recibir cualquier percepción de lo transmundano.

Una humilde percepción de la existencia de Dios

El discurso que aquí se propone nos permite percibir, en un humilde grado, la presencia de Dios. Descorre una rendija, aunque sea insignificante, para que admiremos y adoremos los resplandores de la divinidad. No busca más allá de nuestro mundo cerrado, sino que toma constancia de las profundidades metafísicas del mundo en que vivimos. El autor de estas líneas considera, en una primera reflexión, que no existe contraposición entre las opiniones aquí vertidas y las corrientes más respetables del pensamiento vigentes entre los estudiosos de la Teología Natural. Y que tampoco existe contraposición insalvable entre estas opiniones y el pensamiento de las religiones que invocan una revelación y, muy en concreto, el de la católica, con la que el autor se siente unido en una comunidad de convicciones y esperanzas.

Epílogo

Estas líneas han sido esbozadas a vuelapluma, tratando de ofrecer una visión global del pensamiento que recogen. Muchos detalles de forma, y también de fondo, piden una reflexión más profunda y tendrán que ser objeto de revisión en posteriores versiones, si se escriben estas. Al llegar a las conclusiones aquí ofrecidas, el autor tiene la percepción confortadora de haber transcendido el encierro del mundo -un Cosmos inexplicable-, de haberse asomado a lo infinito y haber encontrado una clave de la realidad.

Mis vivencias personales al efectuar el descubrimiento son incommunicables.

Por iniciativa propia y por el aliento de buenos amigos, he querido al menos consignar mis pensamientos en la esperanza de que puedan iluminar los de algún ser humano en busca de claridades.

SEGUNDA VERSIÓN

La arquitectura intrínseca del Ser

Introducción

La presente concepción –el principio óntico estructural arquitectónico– conduce a una mejor comprensión del Ser Supremo, o simplemente del Ser. Elimina el debate sobre la validez de los argumentos tradicionales para probar su existencia. Supera la polémica acerca del alcance del principio de causalidad si es una ley del Ser y, por lo tanto, si la existencia, constatada, del mundo reclama una causa última. O bien, excluye el debate sobre si el ser contingente, cuya existencia constatamos, conduce al Ser Necesario.

177

Algunos conceptos tradicionales

En las concepciones clásicas del Ser sólo se predica su existencia y ese carácter absoluto que implica, por deducción, que todo lo posee: cuantos predicados positivos puedan imaginarse.

Los argumentos tradicionales derivan las prerrogativas divinas del carácter necesario y de la infinitud del Ser Supremo. No siempre es fácil la armonización entre el reconocimiento de tales prerrogativas, tal como se deducen de la idea del Ente Supremo, y los datos de la experiencia o del razonamiento. Quizá uno de los problemas más acuciantes ha sido el de la compatibilización entre la bondad divina –junto con su sabiduría, su omnipotencia y su omnisciencia– con la existencia comprobada del mal físico y moral y del pecado, es decir, de la transgresión.

Objeciones posibles

El principio óntico estructural soslaya unos problemas pero suscita otros. Principalmente, soslaya el problema de la prueba de la existencia de Dios. Pero suscita otros, sobre todo el de la clara diferenciación entre el Ser Necesario y el resto.

Superación de antropomorfismos

Tal vez -queremos adelantarlo-, la superación de las aporías resida, en gran parte, en la revisión de los antropomorfismos en que algunas teorías -aparentemente superiores y abstractas- incurren cuando trasladan a Dios los conceptos humanos de persona, voluntad, inteligencia, bondad, paternalismo. No se olvide que tales conceptos se predicán de Dios de modo analógico, como defendía J. Hellín como eje de su pensamiento filosófico.

Ejemplos de la arquitectura del Ser

El Ser está dotado de una arquitectura que es única, que es necesaria, que es de una complejidad extraordinaria. Veamos algunos ejemplos.

Los números primos ofrecen una muestra de la arquitectura del Ser. Su determinación y sus propiedades son algo necesario; no han sido elegidos por una voluntad ni son el fruto -efecto- de causas externas. Los números primos -en su individualidad, en su conjunto y en sus propiedades- no pertenecen, para emplear una terminología clásica, al orden lógico sino al ontológico.

Antes de que hubiera seres humanos, el número de electrones del átomo de determinados elementos era primo, con todas sus consecuencias. La voluntad divina -hablamos de nuevo en términos tradicionales- no puede hacer que un número primo deje de serlo ni viceversa. Otro ejemplo en que aparece la arquitectura intrínseca del Ser serían los poliedros regulares. Como es sabido, son cinco -tetraedro, hexaedro o cubo, octaedro, dodecaedro e icosaedro- y nada más que cinco. Escapa a la omnipotencia suprema la posibilidad de establecer un nuevo poliedro regular.

Otro ejemplo, entre miles, de la arquitectura del ser, lo constituyen los grupos finitos que describe -no inventa- la teoría de grupos. Son conjuntos de números que han de cumplir determinados requisitos o reglas. Los matemáticos han demostrado que el número de grupos está definido perentoriamente, dadas sus reglas, y han determinado el número de elementos de cada uno. En algunos casos es un número muy elevado -pero determinado- como en uno denominado "grupo enorme".

La cristalografía es una excelente referencia para indicar el carácter absoluto y necesario de la arquitectura del Ser. Dicho de un modo simplificado, la cristalografía expresa las diferentes maneras de apilar y empaquetar esferas respetando la condición de que el proceso cumpla una ley de regularidad. Si todas las esferas son iguales, las posibilidades son pocas; si hay que empaquetar esferas de varias dimensiones presentes en proporciones definidas, las

posibilidades son más numerosas, pero siempre definidas o limitadas y establecidas por leyes absolutas que no pueden ser alteradas por un acuerdo voluntario aunque proceda de la Suprema Instancia.

Predicados de la arquitectura del Ser

Interrumpo ahora la enumeración de ejemplos de arquitectura intrínseca del Ser para iniciar el argumento principal de esta disertación.

He detectado algunos ejemplos de la arquitectura del Ser. De ningún modo he efectuado un recuento o revisión total, ni ello sería posible. Ahora cabe fijar la atención en algunos pormenores del majestuoso edificio.

Los pormenores registrados avisan de la riqueza, inmensidad e inagotabilidad de la arquitectura del Ser, cuajada de complejidades, elementos, componentes.

Ciertos predicados de la arquitectura del Ser se nos representan como fuera de toda discusión. La arquitectura del Ser es necesaria; es decir, que no puede ser transformada en otra por decisión de una voluntad suprema. La arquitectura del Ser, considerada en su totalidad, goza de la prerrogativa de la unicidad, en cuanto que no hay varias arquitecturas del Ser o varios sistemas ónticos.

Predicados del Ser Supremo en la Filosofía Natural

Este edificio del Ser que aparece con las prerrogativas de necesario, absoluto y no subordinado a otras instancias ontológicas es lo que, en una concepción óntica fundamental, representa el ser de Dios. Esta estructura del Ser reúne los atributos básicos que el pensamiento ha predicado de Dios, como son la necesidad, la independencia, la multiplicidad y la unidad. Aunque la arquitectura del Ser sea multiforme, goza de la prerrogativa de la unidad, en cuanto que sistema del Ser o arquitectura del Ser no hay más que una. Utilizando una metáfora, es como un despliegue o desarrollo de lo uno. O bien que todo es reducible a la unidad.

Una estructura que existe

Se puede afirmar que esta estructura del Ser goza de la prerrogativa de la existencia; o, más exactamente, cabe plantearse la cuestión de indagar si se trata de una realidad existente. Es este un planteamiento desenfocado. Sus raíces se fundamentan, quizá, en que históricamente el pensamiento humano ha clasificado siempre a los seres en seres vivos y existentes y seres que no lo son.

Lo real y existente

La teoría de la arquitectura del Ser toma nota de que la realidad es cuanto constituye esta arquitectura. Hay estructuras que, por ser imposibles o por ser incompatibles o contradictorias con la estructura del Ser –por ejemplo, un poliedro regular de once caras–, quedan fuera de esta y, por lo tanto, fuera de la realidad.

Tampoco cabe entender el principio arquitectural del Ser como un conjunto de concepciones lógicas, universales –carentes de existencia–, que adquieren el carácter de realidad existente al plasmarse en entes individuales. La estructura o arquitectura del Ser contiene en sí aquellos elementos o componentes que son compatibles.

El principio arquitectónico del Ser supera la polémica y la tensión entre universal (posible y conceptual) y lo particular (real y existente). Dos aspectos de la teoría estructural del Ser tal como yo la entiendo contribuyen a su consolidación. Por un lado está el hecho de que, según la opinión científica que prevalece en la actualidad, la última partícula elemental, el sillar básico de la realidad, es simplemente algo que podría llamarse un concepto, una regla o una estructura formal de las que constituyen la arquitectura del Ser –lo que, incidentalmente, y según se desarrollará más ampliamente, permite superar la contraposición (el dualismo espíritu-materia), tan arraigada en el pensamiento ingenuo y que podría objetarse a nuestra concepción. Por otro lado está la percepción del cosmos –al menos de algunos de los aspectos que nos son accesibles– como realidad que verifica las peculiaridades de la arquitectura del Ser.

La complejidad de la arquitectura del Ser es tal que no resulta posible para nuestra corta inteligencia definir de forma deductiva la entera realidad por análisis del Ser. Pero una atenta observación descubre, al menos como congruencia, que la realidad observada verifica reglas formales y necesarias de la estructura del Ser.

Estructuras absolutas detectables

Merece la pena acudir a algunos ejemplos.

1. La estructura y propiedades de un átomo de hidrógeno –entendido en la simplificación de Bohr– son hechos necesarios e inexcusables, dadas las leyes electromagnéticas y las propiedades de las partículas atómicas. No pueden ser otras: no cabe la posibilidad de otros átomos de hidrógeno.
2. La Tabla periódica de los elementos –o, en otros términos, el número de ellos, su organización y diseño, sus propiedades– constituyen estructuras necesarias e ineludibles, dadas las propiedades

de las partículas subatómicas, las leyes del electromagnetismo y las cuánticas, que, a su vez, son estructuras necesarias del Ser. Los diferentes elementos se corresponden con los números naturales. La existencia, en el sentido expuesto, de los elementos observables en la naturaleza es otra estructura del Ser en la que convergen la serie de los números naturales y otros datos de la arquitectura del Ser como las interacciones entre partículas.

De alguna de estas reglas puede constarnos el carácter necesario, o sea, el carácter de reglas absolutas del Ser. Así por ejemplo, si se reflexiona sobre el significado de la Ley de Coulomb que rige las interacciones entre partículas eléctricas, se comprueba que tal ley no es sino una identidad y que, por lo tanto, es una "regla gramatical" necesaria.

TERCERA VERSIÓN

La arquitectura del Ser

Rechazo de un concepto evanescente del Ser

Posee el Ser una estructura o arquitectura intrínseca y propia. No es un vacío o una burbuja de nada. Esa realidad está construida de acuerdo con una gramática necesaria y única.

Algunas concepciones del Ser, si se intentase describirlas, apuntan a una interpretación descartable e infantil. En estas concepciones subyacentes de ciertos discursos filosóficos, el Ser aparece como una burbuja, tal vez esférica, de la que pueden predicarse diferentes categorías. Pero –seguimos en el ámbito de las metáforas– es incolora. Respecto del interior de esa burbuja nada se afirma o, más bien, se supone un medio amorfo, indeterminado y, valga la metáfora, gelatinoso.

Tal vez lo único que se establece con seguridad en esta concepción, extendida como supuesto subconscientemente implícito, es la identificación del Ser-burbuja. El Ser queda diferenciado de cuanto lo rodea. Quizá también se acepten y fijen con cierta precisión las interconexiones de este Ser-burbuja con lo que no es él. Pero, fuera de estas concreciones, la teoría del Ser-burbuja no reconoce ni predica otra configuración del Ser.

No importa a mi propósito determinar y cuantificar el número de filósofos que subconscientemente han participado de este pensamiento ni repasaré la historia de la filosofía para demostrar su existencia. Se ha expuesto esta visión -no compartida- con objeto de que sirva de razonamiento *a contrario* para clarificar nuestro pensamiento y nuestra propuesta.

La arquitectura intrínseca del Ser

Así pues, el Ser posee una estructura y una arquitectura. No es una nube sin definición. Está configurado de acuerdo con reglas estructurales absolutas.

La arquitectura del Ser es un diseño necesario. Ello significa que no puede ser otro. El que la estructura del Ser sea una determinada no depende del azar ni de una voluntad superior, ni de unos condicionamientos mentales, propios de las mentes pensantes.

Esta arquitectura del Ser no surge en un momento determinado del tiempo ni evoluciona con el devenir de las cosas. Es anterior a cualquier instante dado y subsiste después de cualquier instante que se señale. Es anterior al *Big Bang* y posterior a cualquier supuesto colapso del tiempo –en una hipótesis pulsante.

Arquitectura entrevista

Esta estructura del Ser nos es parcialmente accesible. Su totalidad, dotada de caracteres de algún modo ilimitados e infinitos, rebasa nuestra capacidad de comprensión. Pero podemos detectar, percibir o ser testigos de elementos o áreas o parcelas de esta arquitectura del Ser unitario.

182

Diferentes áreas del conocimiento científico constituyen vías de acceso para detectar o constatar aspectos parciales de la arquitectura del Ser. Algunos ejemplos servirán para aclarar esta afirmación.

Estructuras matemáticas absolutas

Me referiré, en primer lugar, a las propiedades de los números. El carácter de primo que posee el 17, por ejemplo, es necesario y absoluto. No es consecuencia de una decisión tomada libremente por una voluntad superior; ni nada ni nadie puede revocar tal condición, que reviste por ello el carácter de necesaria. Para emplear un discurso tradicional, ni la Divina Omnipotencia tiene poder para modificar esa característica.

Cuanto se ha dicho sobre el carácter de primo de un número puede hacerse extensivo a las otras propiedades y leyes que regulan intrínsecamente los números naturales.

Inciendo de nuevo en el apartado de ejemplos alusivos a la arquitectura del Ser, contemplados en áreas parciales, resultan dignos de mención los grupos finitos. Responde esta denominación a conjuntos matemáticos definidos por cumplir reglas determinadas. Es importante señalar al respecto que está perfectamente establecido, de modo intrínseco y necesario, el número de grupos finitos existentes. Los grupos finitos son en total diecinueve y

queda excluida cualquier posibilidad de encontrar otros. Además, según han concluido los trabajos de los matemáticos, el número de elementos de que consta cada uno de tales grupos finitos está definido de modo intrínseco y necesario -por la propia estructura del Ser y no por decisión de una inteligencia suprema o por los condicionamientos del aparato cognoscitivo humano.

Estructuras geométricas absolutas

Otra faceta sugestiva de esta arquitectura del Ser viene dada por el número y propiedades de los poliedros regulares compatibles en un espacio tridimensional. Es sabido que son cinco -tetraedro, hexaedro, octaedro, dodecaedro e icosaedro- y nada más que cinco; y ninguna voluntad suprema puede incrementar ese número.

Estructuras físicas absolutas

Algunas leyes de la Física son también, a mi entender, aspectos de la arquitectura del Ser en cuanto expresan formas necesarias de ser en lo que concierne a la realidad natural o física. No son reemplazables por otras diferentes.

Tómese como caso particular la Primera Ecuación de Maxwell o, lo que es lo mismo, la Ley de Coulomb; o la Ley de Newton relativa a la atracción universal. Todas ellas no son sino una identidad. Estas leyes expresan la estructura necesaria e ineluctable de la realidad. Dichas leyes, y su expresión alternativa que es el Teorema de Gauss, no son sino una tautología. Manifiestan dos modos del ser de la carga eléctrica o de la masa: uno en el volumen y otro en la superficie de una esfera -concéntrica con la carga- cualquiera que contenga respectivamente la realidad carga eléctrica o la realidad masa.

Dado su carácter tautológico, la Ley de Coulomb y la de Newton son elementos arquitectónicos de la realidad que no pueden ser otros ni de otra manera. Y no es compatible un Cosmos o una realidad en que dichas leyes no se verifiquen. Llamamos compatible a una realidad o elemento parcial de ella que contenga elementos cuya existencia no sea mutuamente antagónica o inarmozonizable.

Lo afirmado sobre la Ley de Coulomb es extensible a la totalidad de las ecuaciones de Maxwell, una de las estructuras básicas del Universo. Consiguientemente, no puede existir una realidad o un Universo en que no se verifiquen estas leyes. No serían compatibles.

El despliegue del Uno

Estas facetas de la arquitectura del Ser no deben ser consideradas como partes o trozos del mismo porque están implícitas en el Ser o en alguno de sus despliegues o desarrollos, que explicitan lo que lo Uno contiene. Si resulta conveniente recurrir a una analogía, aunque sea muy burda, para auxiliar al pensamiento humano, tan subsidiario de lo sensorial, cabe aludir a ciertos adornos orientales de papel de seda que se presentan de modo compacto y comprimido pero que permiten un despliegue de ricas formas y colores de considerable volumen.

La acumulación de todas las facetas incluidas en la arquitectura del Ser define la estructura del Cosmos. El Universo es lo que es dado que es la estructura global compatible con cada una de las estructuras parciales del Ser, el cual, a su vez, en su aparente complejidad no es otra cosa que el despliegue del Uno.

Lo que es y existe

Carece de sentido preguntarse si el Ser, entendido como estructuras necesarias y absolutas, existe. El discurso humano en relación con el Ser ha de consistir en detectar o percibir que el Ser tiene una arquitectura necesaria, de infinita riqueza de matices y de carácter único y necesario. Si la arquitectura del Ser es única e inevitable, el Ser también lo es.

Dejemos de preguntarnos si el Ser existe. Bástenos reconocer que el Ser tiene una arquitectura única y necesaria —en cuanto que no puede tener otra. Esa estructura es. Este Ser necesario descrito en la teoría que, "con temor y temblor", me atrevo a esbozar, es el Ser Supremo, el Ser a quien los mortales llamamos Dios.

Toda inteligencia pensante suficientemente evolucionada puede alcanzar el conocimiento de la estructura necesaria del Ser y, por ende, la necesidad del Ser.

Como elemento colateral para la mente humana se encuentra la percepción del Cosmos, al tomar constatación del Universo. La percepción de la realidad cósmica constituye un argumento de congruencia para aceptar la arquitectura necesaria del Ser. La constatación de que hay cosas consolida nuestra certidumbre sobre la existencia de la arquitectura del Ser.

A través de una rendija

Sabemos que el Ser tiene una estructura única y necesaria. Considero superfluo y carente de significación plantearnos si tal Ser "existe". Pero, para quien se muestre impermeable al discurso expuesto, puede ser un elemento de congruencia la detección de

realidades existentes. La argumentación se produciría de la siguiente forma. Constatamos que hay una arquitectura del Ser que es única, necesaria, totalizadora. Pues bien, si constatamos que existe algo, tenemos una comprobación de la existencia del Ser cuya posibilidad de ser –o de "existir"– es única: es la "compatible".

En términos de una escolástica clásica, el argumento se formularía así: si hay algo, ello ha de ser una expresión del Ser necesario, o sea, una faceta de su arquitectura inexcusable. Pero la observación nos informa de que hay o existe una realidad. Luego se puede inferir que hay un Ser Necesario, que el Ser Necesario es y que –en la acepción tradicional– existe.

Lo espiritual y lo material

Podría objetarse que la concepción expuesta ofrece una imagen material del Ser. Al respecto, cabe proponer que la gran diferencia se establece entre lo que es y lo que no es; y que la contraposición entre lo material y lo espiritual corresponde a un concepto primitivo y antropomorfo.

Sobre esta contraposición, resulta interesante tomar conciencia de un hecho apuntado hoy por la Física teórica. Expresado en términos simplificados, es el siguiente: si se busca el último constitutivo de la materia, el último sillar del Universo, se encuentra una fórmula matemática. En otros términos, al final de la búsqueda encontraríamos la arquitectura esencial, necesaria del Ser. Será necesario –cuando se conozcan bien tales expresiones– analizar si son únicas y necesarias, del mismo modo que lo son, por ejemplo, los poliedros regulares.

Esta interpretación de la realidad de las últimas partículas serviría para disipar las reservas que alguien pudiera albergar –con respecto a la teoría de la arquitectura del Ser– por culparla de materialista, atribuyéndole el error de suponer que el Ser y la realidad son materiales o corpóreos. En la teoría de la arquitectura del Ser, carece de sentido la clasificación de los seres en espirituales y materiales.

Un Dios más cercano

Es mi propósito intentar la armonización, que creo posible, entre este concepto expuesto de la Divinidad –aparentemente tan matemático y deshumanizado– y una comprensión de Dios más cercana a nuestras referencias en la medida en que están al alcance de nuestra capacidad de comprensión y adhesión y formulada en descripciones más significativas para nuestra psicología.

Abstract

Many structures in Mathematics and Physics are necessary –they are not as they are out of the decision of an intelligence that has created them– and absolute –they cannot be different. These structures are –according to the thesis proposed in this article– the essence of Being. These structures “are”, they have reality. It has no sense to divide reality into material and immaterial. Through these reflections, the author aims at offering a path to approach God compatible with the revealed and deeply meaningful truth for scientific minds.